

El rey, sentado al lado de su lecho, la miraba con ternura.

—¿Qué te ha dado, querida Catalina? le preguntó cariñosamente.

—No sé, señor, respondió ella; la emoción, el calor, la alegría... No olvide V. M. que nunca he sido otra cosa que una pobre campesina; esto no es nada y espero que en breve pasará.

En efecto, Catalina hizo un esfuerzo y se levantó para asistir al banquete oficial que tenía lugar en palacio.

Una vez vuelta á la vida real y á su brillante y embriagadora posición, se dijo que todo había sido una ilusión de su acalorada fantasía.

XVIII.

Un año pasó con tanta tranquilidad para la reina, que llegó por fin á olvidar completamente el sueño ó la realidad que le había traído ante los ojos la figura amenazante de su marido.

El rey había vuelto á ser duro é intratable, á causa de sus dolencias, para todos, y ella no estaba libre de sus caprichos ni de la irascibilidad de su carácter; pero á través de su atrabiliaria condición, cuantos rodeaban á los régios esposos descubrían en Enrique un amor apasionado hácia Catalina.

Hasta le perdonaba lo que no había podido perdonar á ninguna de sus demás esposas: que fuese estéril, pues la sola sospecha en este punto, le había disgustado profundamente en aquellas.

Catalina, sin embargo, no daba esperanzas de que se prolongase la dinastía y el rey no se acordaba de ello; se contentaba con mirarla y acariciarla, serenando todas las nubes que se amontonaban en su frente una sola sonrisa de la reina.

A pesar de esto, la vida de aquella jóven de diez y siete años era bastante infeliz.

El rey, cuya pierna derecha se habia cubierto de heridas, padecia mucho y la obligaba á sentarse en una banqueta á sus piés, y á sostenerle la pierna enferma en su falda, diciendo que sólo así descansaba algun rato, y hubo algunas temporadas en que Catalina pasó sin cambiar de postura cinco dias con sus noches.

El carácter de la jóven reina era verdaderamente angelical.

Cumplidos los dorados sueños de su vanidad de niña, la bondad de su corazon sobresalió bien pronto por encima de todos sus defectos.

Catalina era dulce, caritativa, alegre, de carácter igual, cariñosa y apacible.

Sobrellevaba su suerte, no sólo con resignacion, sino con alegría, pues sus pensamientos no tenian ya otros límites que complacer á su esposo, cuyas impertinencias no le hacian exhalar jamás la más mínima queja.

Para aquella criatura pueril é inofensiva, bastaba por recompensa que, al salir para ir al templo ó á paseo con el rey, la acogiese un murmullo de admiracion.

Sin embargo, un remordimiento lento, frio como la hoja de un cuchillo, se deslizaba muchas veces en su alma, y pensaba en el hombre generoso que tanto

la habia amado, que habia perdido por ella riquezas, dignidades y alta posicion, en cambio de lo cual ella le habia condenado á una muerte espantosa.

Su conducta, desde que se casó, era irreprochable; y segura de la influencia que le daban en el corazon de su marido su juventud y su encantadora belleza, lograba rechazar tan tristes pensamientos y adormecerse en las risueñas esperanzas del porvenir.

Pero la eterna justicia de Dios blandia ya su terrible espada sobre la cabeza culpable de Catalina, que debia caer herida de muerte.

Una tarde, al volver de un corto paseo con el rey, se acercó á la carroza un jóven vestido de terciopelo, de bella y delicada figura, y entregó á la reina un papel doblado.

Esta, acostumbrada á recibir cada vez que salia gran número de solicitudes, lo conservó en la mano, y el rey, que tenia fiebre aquella tarde y volvia de pésimo humor, no reparó en tal incidente, demasiado natural por lo muy repetido.

La reina alzó los ojos para mirar el rostro del que le habia dado el papel y estuvo cerca de dar un alarido de terror.

Era Madox, su primer amante en casa de la Duquesa, su abuela.

A la agitacion, á la palidez de Catalina, respondió él con una sonrisa insolente, y desapareció.

Catalina llegó á palacio abatida y triste.

Aquel hombre era la primera nube negra que se levantaba en el cielo de su porvenir.

Desdobló el escrito que le habia entregado,

Era, en efecto, una solicitud firmada al pié por *Madox y Durham*.

Pedian en ella ser empleados en su servidumbre, prometiéndole en cambio un secreto inviolable sobre lo pasado y ofreciendo tratarla en lo sucesivo con todo el respeto debido á una reina.

Catalina pasó una noche cruel.

Débil é indecisa, no sabia qué partido tomar, si bien era verdad que la desdichada se hallaba encerrada en un círculo de fuego.

Desatender las exigencias de sus cómplices era provocar su venganza: hablando, podian descubrirlo todo al rey, quien indudablemente la arrojaria del trono sepultándola, cuando ménos, en una prision de Estado para toda su vida.

Acceder á su petición era provocar su osadía y exponerse á que cada instante le exijiesen algo más en la carrera de los honores y del poder; pero así, á lo ménos, compraba su silencio y podia contar con alguna esperanza respecto á su gratitud.

Levantóse pálida y ojerosa y fué á pedir al rey dos plazas de su servicio para dos jóvenes nobles y escasos de medios de fortuna.

—Amada mia, respondió el rey, empleadlos en lo

que gustéis y traedme los nombramientos extendidos para firmarlos.

El tirano no habia sido jamás confiado con ninguna de sus esposas, é á iba serlo precisamente con la que llevaba dentro de su propio palacio á sus antiguos amantes.

La reina creó dos plazas en su servicio para aquellos dos hombres, nombrando al uno halconero mayor y, al otro, jefe de pajes, con un crecido sueldo anual.

Cuando el rey firmó los nombramientos, es fuerza confesar que ella sintió un movimiento de vanidad al ver que podia mejorar, y aun ser árbitra de la suerte de sus antiguos amantes.

Algunos dias despues, al salir la reina de la capilla, le fué entregada otra solicitud por una mujer.

Al verla, Catalina dió un grito de espanto.

Habia reconocido á Rosamunda, la camarera despedida por su abuela y sabedora de todos los pormenores de su seduccion.

Al desdoblar el escrito, observó que tambien tenia dos firmas.

La de Rosamunda y la de Olivia, la otra camarera despedida al mismo tiempo que aquella.

En la solicitud pedian ser sus doncellas de honor, añadiendo que *no dudaban conseguirlo, atendida la bondad de la reina para con sus antiguos amigos Madox y Durham*.

Amedrentada la infeliz Catalina, firmó ella los nombramientos, pues era árbitra en lo que tocaba á la parte femenina de su servidumbre.

Estas dos condescendencias fueron dos pasos agigantados hácia su perdicion.

Aunque podia evitarse el disgusto de ver al halconero mayor y al jefe de pajes, no así podia librarse de la presencia de las dos insolentes mujeres que habia llevado á su lado.

El respeto de éstas sólo existia delante de testigos; cuando la reina reclamaba á solas sus servicios, los prestaban con la mayor insolencia.

Una noche en que Catalina salia de la cámara del rey, ya muy tarde, y fatigada de haberle sostenido la pierna durante muchas horas, se dirigió á su cámara sola por una larga galería.

El frio era riguroso, y Catalina, que no se sentia buena, temblaba; toda su servidumbre se habia acostado, y únicamente en la antecámara debian hallarse Rosamunda y Olivia, á quienes tocaba aquella noche el servicio.

La reina tendió los ojos por la antecámara, alumbrada por algunas bujías, y no vió á nadie.

Algo incomodada porque deseaba tomar ántes de acostarse una bebida caliente, entró en la cámara, y halló durmiendo en dos sillones á las dos doncellas de honor.

La reina, colérica, á pesar de su buen carácter,

por aquella falta de respeto, asió el brazo de Olivia y lo sacudió con fuerza.

La camarera despertó asustada, miró á la persona que habia interrumpido su sueño y murmuró:

—¡Ah! ¿sois vos, señora? Permitidme que vuelva á dormir, porque estoy muy fatigada.

—¡Insolente! gritó Catalina; ¡levantáos al instante las dos!

—¡Dios me valga! ¡Qué gritería por nada! dijo Rosamunda levantándose. ¿Y qué quereis al fin, señora?

—Preparadme el lecho y una bebida caliente, dijo Catalina bajando la voz; luego añadió con amargura:

—¡Oh! ¡A saber lo mal que habíais de servirme, jamás os hubiera traído á mi lado!

—Vamos claros, señora, repuso Olivia; V. M. nos ha traído porque tenia miedo.

—¡Miedo yo, miserables!

—¡Ya lo creo que sí! ¡Como que sabemos todas aquellas historias de Madox y Durham!

—¡Olivia! ¡Rosamunda! repuso la reina con una dulzura triste y penetrante: ¿por qué sois conmigo crueles é ingratas? ¿Qué os he hecho? ¿Ni de qué os serviria mi ruina? ¿No os ha servido de mucho más mi elevacion? Seguid á mi lado y sed discretas, que no os pesará vuestra discrecion.

—Entónces, señora, empezad por pagarla á más subido precio que hasta aquí.

—¿Qué más quereis?

—Un aumento de sueldo; sabéis que somos de buena cuna, y la señora Duquesa, vuestra abuela, nos daba más que V. M.

—No puedo aumentar vuestros honorarios, respondió Catalina dolorosamente conmovida; vuestros sueldos son de mi bolsillo particular, porque, no haciendo falta en mi servidumbre, no he dicho al rey que estais en ella.

—Nosotras pensábamos, señora, dijo Rosamunda, que era la más insolente de las dos, que la palabra *no puedo* estaba de más cuando habláseis con nosotras.

—¿Cómo habeis tenido la osadía de creer eso? Pero yo me rebajo hasta donde no debiera discutiendo con vosotras. No tendreis aumento en vuestros sueldos, y os prohibo que me hableis más sobre el particular.

—Señora, dijo Olivia, no dejaremos de importunaros todos los dias hasta conseguir que mejoreis nuestra posicion.

—Y lo conseguiremos, añadió Rosamunda; porque S. M. no puede ni querrá desconocer sus obligaciones con nosotras.

—¡Salid de aquí! exclamó Catalina, dejándose llevar de su justo enojo. ¡Salid de aquí ahora, y mañana de palacio! ¡Os despido, y no quiero volveros á ver!

—V. M. debe mirar lo que hace, dijo Rosamunda,

reflexionar y no dejarse llevar del primer movimiento de su cólera, que puede atraerle fatales consecuencias.

—¡Salid! repitió Catalina con tan imperioso ademán, que las dos mujeres tuvieron que obedecerla.

Catalina se arrojó sobre su lecho, llorando de ira y de dolor, desahogándose algun tanto su corazón, que se rompía de angustia.

Al dia siguiente se presentó al desayuno pálida y ojerosa.

El rey, alarmado, hizo llamar al médico, quien prescribió á la reina, como primera medida, la mudanza de aires.

Enrique, á pesar de su doliente estado, quiso salir aquel dia con ella para uno de sus castillos reales, y allí, rodeada de una pequeña corte que la colmaba de atenciones, olvidó la jóven reina sus disgustos particulares.

Sin embargo, la tempestad se iba formando cada vez más densa y amenazadora sobre la cabeza de Catalina.

Desde su salida de la corte empezaron á circular sordos rumores, cuyo origen se ignoraba, pero que eran terribles para la reputacion de la reina.

Se hablaba de sus *pasados extravíos* en todos los sitios públicos, con tan poco miramiento como si se tratase de la última jóven del pueblo.

En una casa de la nobleza, una jóven llamada

Miss Rosamunda, habló de presentar al rey una denuncia de las faltas cometidas por la reina, añadiendo que la recompensa de un monarca, tan celoso de su honra, debía de ser muy crecida.

Por desgracia, nada era más fácil en aquel tiempo para los vasallos que llegar hasta sus reyes con denuncias por escrito ó de palabra.

Catalina ignoraba todo esto, y su corazón se oprimió dolorosamente al recibir una mañana una carta sin firma, en que se le pedía una entrevista.

La reina no sabía leer ni escribir; las solicitudes las daba á su secretario, que la enteraba de ellas, pero un instinto secreto la hizo ocultar aquella y hacerla pasto del fuego.

No obstante, tres días después, y al salir de la capilla, se le acercó un joven del pueblo y le dijo que la persona que la había dirigido una carta, al ver que no hallaba respuesta en el sitio que había indicado que se la dejasen, le enviaba á ella para pedirle una entrevista á fin de advertirla de un gran peligro que la amenazaba.

—¿Quién es esa persona? preguntó la reina.

—No puedo decir su nombre, señora, respondió el emisario; sólo sé que es un pariente de V. M.

Catalina creyó que sería su abuelo, y, después de reflexionar un momento, dijo:

—Podeis responder á ese caballero que estoy pronta á recibirle.

—¿Cuándo, señora?

—Mañana, á las nueve de la mañana, en mi cámara: habrá esperándole una persona que le introducirá en ella.

—Os advierto, señora, que sólo de V. M. quiere ser visto, y que llevará el rostro cubierto con un antifaz, que únicamente levantará en vuestra presencia.

—Está bien, dijo Catalina alejándose muy pensativa.

A la mañana siguiente, lady Rochefort llegó á la reina, que había madrugado mucho, y le dijo:

—Señora, ahí está ese hombre.

—Que entre y dejadnos solos, respondió Catalina.

La persona que solicitaba hablar á la reina, entró. Llevaba el rostro cubierto con un antifaz de seda negro; pero, ántes de que lo levantase, el delirante terror que se pintó en los ojos de Catalina, dijo bien claro que ya lo habia reconocido.

Era un hombre de estatura gallarda, y en cuyo modo de llevar erguida la cabeza, se advertia la nobleza de una ilustre cunã y la costumbre del mando.

Separó su antifaz y mostró un rostro hermoso y muy pálido, alumbrado por dos grandes ojos negros de altiva y fatídica mirada.

No se habia engañado la reina.

El hombre que tenia delante era el conde de Essex, á quien ella creia muerto y reposando en el solitario panteon de su familia.

Arturo arrojó su toca de terciopelo, guarnecida de una pluma blanca, sobre un sitial; y, cruzándose de brazos, avanzó lentamente hasta colocarse enfrente de la reina.

—¡Que pálida estás, Catalina! murmuró sonriendo

con amargura. ¡No pensé yo, por cierto, hallarte así!

La reina no tuvo fuerzas para contestar una sola palabra; ocultó el rostro entre las manos y permaneció yerta de terror.

—Mírame y no tengas miedo, continuó su marido, separando del rostro las manos de Catalina; mírame para que te convenzas de que vivo... soy yo... no me creas un fantasma... A pesar de tu infame traición, vivo y estoy junto á tí!

—¡Perdon! murmuró la reina, cayendo de rodillas á los piés de su marido.

—¡Perdon! repitió Arturo con una lúgubre carcajada: si los crímenes como el tuyo obtuviesen perdón, no habria justicia ni en el cielo ni en la tierra.

La desgraciada jóven, sin saber qué decir, empezó á sollozar desconsoladamente.

—Oye y no llores así, dijo el Conde. Déjame que ponga en tu conocimiento lo que debo revelarte, porque me esperan. Catalina, yo te amé con ese cariño ardiente, inmenso, inalterable, que pocas veces se consigue en la tierra, y que, bien pagado, es un trasunto del cielo; por tí, renuncié al amor y á la mano de una princesa real, y á los enlaces más brillantes y más ricos de Inglaterra; creyéndote pura, te dí mi nombre, y luego supe que eras una muchacha perdida... Ese descubrimiento me afligió, porque me probó que no tenias confianza en mí; pero no

hizo que me arrepintiera de haberte llamado mi esposa: ¿qué remedio? tu pasado pertenecía, no á mí, sino á la fatalidad; sólo pedí al cielo que me fueses fiel en adelante. Por salvar tu decoro del capricho del rey, renuncié á mi nombre, á mi patria, á mis riquezas, y me encerré en un sepulcro, á fin de salir de él con otro nombre, y huir contigo á países lejanos; tú renunciaste á mí y me condenaste á una muerte cierta, inevitable... horrible... sin tener compasion de los crueles martirios porque iba á pasar!... sin pensar en que perdias tambien mi alma, porque hubiera muerto blasfemando de Dios... Y todo ¿porqué? Para sentarte en un trono regado con sangre más ilustre, más digna, más generosa que la tuya, y que puede convertirse en un cadalso, si ha de cumplirse la justicia del cielo.

—¡Perdon! repitió Catalina, que oia de rodillas la formidable acusacion del Conde.

—Y no obstante, Catalina, prosiguió éste ¡cuán triste y pálida estás, y cuán poca dicha has hallado bajo ese sόlio, que compraste con tan horrible crimen! ¡Más feliz y más hermosa parecias cuando vivias bajo la proteccion de mi amor, en tu casita, á orillas de aquel lago tranquilo y trasparente! ¡Cuántos temores han turbado tu sueño! ¡Y si supieras, además... tu reputacion está despedazada... se habla de tí en Lóndres, como de la mujer más despreciable... porque los cómplices de tus faltas, y esas dos mu-

eres, que en mal hora llevaste cerca de tí, han circulado escandalosos rumores acerca de tu pasado... de ese pasado que yo habia borrado para siempre, al cubrirte con el manto honorífico de mi nombre y con el escudo inviolable y eterno de mi amor!

Detúvose el Conde, pero no porque su largo razonamiento le fatigase; habia en él algo de la calma sombría é inalterable de los sepuleros; su voz era reposada y tranquila, como si la cuerda del dolor, á fuerza de estar tirante, se hubiera roto en su alma.

—Muy dichosa podias haber sido á mi lado, Catalina, prosiguió; habian acabado para tí el retiro y la soledad; nos íbamos á un bello pais, llamado Italia, donde ya habia yo enviado oro bastante para que todo te sobrase... Hubiera yo contado á alguno de los príncipes soberanos que gobiernan aquel país la historia de mis infortunios, y él me hubiera dado una posicion análoga á la que abandonaba... Hubieras dormido en un lecho con pabellones de gasa, guardado por el angel del amor casto y legítimo... ¡Hubieras vestido sedas y diamantes, y hubieras mecido en tus rodillas hermosos hijos, que te hubieran acariciado llamándote madre!

Ya ves que no hablo de mi porvenir, destruido por tí, sino del tuyo, que tan dichoso y bello podia haber sido! ¡Hoy, Catalina, ya no hay remedio! El angel de la venganza celeste agita sus alas sobre tu cabeza... Van á presentar una denuncia contra tí al

primer Ministro, y vengo á decirte:—¡Estás perdida!

—¡Ah! ¡piedad! ¡perdon! exclamó la reina sollozando y arrastrándose á los piés de su marido. ¡Vos, señor, que tanto me habeis amado, conjurad la tormenta que me amenaza... salvadme!

—No puedo, repuso friamente Arturo; yo he muerto ya para todos, gracias á tí! No puedo salvarte, Catalina, y aunque pudiera, no lo haria!

En aquel instante llamaron á la puerta principal de la cámara.

Catalina, lívida de espanto, se levantó con el cabello suelto, con la mirada extraviada y semejante á la estatua del terror.

—¡Huid! exclamó en voz baja y ahogada; pero Arturo permaneció inmóvil y continuó:

—No te salvaria, aunque me fuese posible, Catalina, porque ya no te amo; mi corazon está frio y vacío como un sepulcro, pero aún fermenta en él un sentimiento terrible. ¡Los celos! Si; al pensar que siendo mia, eres la esposa de otro; al pensar en que tú has matado mi corazon y te has separado para siempre de mí, la sangre arde en mis venas con un resto de vida, y quisiera matarte y matarme despues!

Era tan terrible la expresion del Conde al pronunciar estas palabras, que Catalina olvidó el peligro de que fuese descubierta su entrevista ante aquella ira concentrada y profunda.

Volvieron á llamar.

—¡Huid, que me perdeis! gritó la infeliz, que se sentía ahogada por el terror.

—¿Y qué me importa á mí perderte? continuó el Conde con sardónica sonrisa; ni qué puede importarte á tí el vivir algunos dias más? Catalina, tú vas á morir en breve; el tajo espera ya tu cabeza, y no puedes robársela.

Los golpes de la puerta se repitieron.

—¡Abrid, señora! dijo desde la parte de afuera lord Douglas, capitan de guardias del rey; traigo un mensaje de S. M.!

—¿No os ireis? gritó Catalina á su esposo en el último grado de la desesperacion; allí hay una puerta que da á la galería... ¡Salid, por Dios!

—Conozco esa puerta; ¡adios, Catalina, ó más bien, hasta la vista! dijo Arturo con voz clara y levantada.

Y desapareció por la puertecilla indicada; pero fuera olvido ó cálculo, su toca de terciopelo quedó sobre el sitial en que la habia dejado.

Catalina, así que Arturo hubo desaparecido, se apresuró á descorrer el cerrojo que sujetaba la puerta, y se presentó lord Douglas; detrás de él asomaban las curiosas cabezas de tres ó cuatro damas.

El capitan, que habia oido distintamente la voz de un hombre, echó una mirada sombría por el aposento, que fué á caer sobre la toca que Arturo se habia dejado.

La reina siguió la direccion de aquella mirada, y quedó de nuevo yerta de espanto.

Palideció como un cadáver y se apoyó en un sitial cercano.

Tan violentas y repetidas emociones habian acabado por quebrantarla, y estaba próxima á desmayarse.

Lord Douglas, que era un anciano severo, hizo como que no conocia su estado, y dijo friamente:

—Señora, el rey me manda advertir á V. M. que esta tarde quiere salir para Hamptoncour.

Desapareció dicho esto, y la reina cayó desmayada en los brazos de lady Rochefort, mientras las otras damas señalaban la toca de terciopelo con un movimiento de espanto.